

CUENTISTAS  
ESPAÑOLES

## EN EL PUEBLO

POR LA CONDESA  
DE PARDO BAZAN

DESDE que habían tomado aquella criada, los esposos no podían evitar cierta inquietud, que se comunicaban en frases embozadas y agoreras, en alusiones intencionales y hasta, sin necesidad de palabreo, con un enarcar de cejas o un leve guiño.

¿Qué tenía de particular la Liboria para que se justificase tal impresión? Ahí está lo raro: mirándolo bien, nada. Era una zagalona de veintidós a veintitrés años, de buenas carnes y ojinegra, que había venido recomendada por el señor maestrescuela de la catedral de Toledo; porque en el pueblo casi no se encontraba servicio, y además las «chicas» parecían hechas de corteza de alcornoque, y ni tenían idea de cómo se enhebra la aguja. Los amos de Liboria debían, eso sí, confesarlo: era modosa, en el coser revelaba la enseñanza de las monjitas. Cogía de un modo invisible los puntos de las medias, y hacía con el ganchillo tapetes, colchas y respaldos de sillón, que daban gozo. Guisaba medianamente platos de cocina pobre, sin malicia, pero sartenes y cazos relucían de limpieza, lo cual, dígame lo que se diga, no deja de contribuir a despertar el apetito. De manera que, en suma, la sirvienta cumplía su obligación como ninguna de sus predecesoras la había cumplido jamás. Don Lucas, el amo, farmacéutico, con pujos de ilustración, no acertaba a negarlo; pero doña Flora, su mujer, mantenía en él la escama, la desconfianza indefinible. No pudiendo dar otras razones, sostenía los principios de esa endogamia que de pueblo a pueblo se mantiene viva, como en los tiempos de las tribus.

—No es de aquí. ¡Eso hay que mirarlo, hijo! Debimos pensarlo.

—¿Con quién quieren ustedes que me junte, amos a ver, si tos me huyen como si tuviese «la» cólera?

La amistad con «Marisapo», desagradable y hostil mote puesto a la del mesón a causa sin duda de su estatura rebajuela y su hechura ancha, con brazos cortos, fué estrechándose, y Liboria se adaptó a la influencia de su única amiga. Poco a

horizontes no sospechados quizás. ¡Bien tonta era en perder su juventud, que no vuelvel! ¡En comenzando a picarse las muelas y a salir canas, adiós lo bueno! Para cuatro días que se vive, ¿qué mal hay en divertirse un rato, sin hacer daño a nadie? Total: era cada quince días cuando daban permiso a su criada los farmacéuticos. Aquel tiempo era suyo;

capital. En una escapatoria logró comprar una tenacilla. Polvos de arroz, se los facilitó Marisapo; eran obsequio de un comisionista galante. Repasó minuciosamente su mejor vestidillo de lana negra, y con el betún del señor sacó brillo a sus zapatos. Poseía una cadena de vidrios y perlas falsas, y, llegada la hora, se la colgaba. Con la tenacilla hizo asombros. Onduló su pelo como hiciera un peluquero, no sin haberse recordado antes un flequillo, que atusó con pomada. Un perfume barato y almizclado impregnó sus manos y su cuerpo. Dos calabazas de coral, única joya de su joyero, se columpiaban en sus orejas rellenas, plétóricas de sangre joven. Ante la rota luna que colgaba en la falleba de la ventana de la cocina, por no tener en su alcoba suficiente luz, sonrió a su imagen, barnizada de frescura, con la nota carminosa de los labios, turgentes de savia como un capullo de rosa colorá. Todo en ella quería alborotarse, quería la expansión de mocedad verde y golosa de los sabores del vivir. Y cuando una mujer, siente tal instinto, gana un relucir especial de hermosura. Parece como si la alumbrasen por dentro luminarias de alegría. Los pies le bailaban anticipadamente a la moza, cuando salió a la calle en busca de su compañera.

—¿Voy bien?—interrogó, buscando el primer halago—. La respuesta de la de la fonda fué juntar en la boca todos los dedos de la mano derecha, y separarlos bruscamente.

Al entrar en el salón, donde hacía un calor insoportable y flotaba un vaho de cuerpos humanos espeso y mareante, algunos hombres, entre ellos dos huéspedes de la fonda, jaraneros y corridos, aco-



La prevención contra «la forastera» no aparecía manifiesta solamente en sus amos: la Liboria trataba inútilmente de congraciarse con la juventud pueblerina, buscando amigas, sin hallarlas. Reuniase solamente los días de salida con una sirvienta de la única y fementida posada que existía en el pueblo, forastera también; hasta se sospechaba, con terror, que de Madrid pudiese haber procedido, aunque ella lo negaba, prefiriendo conservar el misterio de su pasado... ¡cualquiera sabe! Los amos de Liboria le prohibieron juntarse con la equívoca moza de mesón; ella respondió algo muy natural:

poco, ya con ironías y timos aprendidos de algunos huéspedes que en su rápido paso dejaban sembrado el escepticismo burdo que profesaban, ya acaso con lecciones hijas de la dura experiencia, la «Marisapo» fué descubriendo a Liboria

bien ganado lo tenía. ¿Por qué no ir al salón de baile, a matar un rato?

Quedó convenido para el domingo próximo. Desde el viernes, Liboria no se ocupaba. Los preparativos de atavío y peinado adquirían proporciones de suceso

gieron a la forastera con una granizada de piropos, que la pusieron carmesí, mitad de orgullo y mitad de vergüenza. Marisapo, riendo, la pellizcaba, para indicar que no se aturullase, que allí estaba ella.

Un sordo rumor corría ya entre las mozas del pueblo, agrupadas en uno de los costados del salón, sobre una fila de banquetas mugrientas, adquiridas por el empresario en el saldo de muebles de deshecho de un café.

No gritaban: cuchicheaban apasionadamente, ahogaban risitas mofadoras. Secretamente, se cogían la boca como para



ahogar la carcajada que sale espurriante, y lanzaban miradillas de reojo al racimo de mozos, que, fronteros, sin haber soltado sus garrotas y cachavas, permanecían de pie, mudos y amenazadores. ¿Amenazar? ¿A quien? Sin duda a los de fuera... El viejo rito de la olivada, organización tribal, atávica, de la cual no tenían el más leve conocimiento reflexivo, remanecía, salía de las oscuridades de la subconciencia como impulso voluntario. ¿Qué venía a buscar en el baile, entre las mozas de la localidad, con sus collares de brillo? ¿Por qué las provocaba presentándose con otro adorno, con otro peinado no visto nunca? ¿Por qué echaba de sí un olor a botica o a especias, que hacía estornudar? ¿Por qué le colgaban sobre los ojos aquellas cortinas de pelo? El flequillo, sobre todo el flequillo les causaba una malsana excitación, de ira sensual. ¡Vaya con la provocativa! ¡No se había de arreglar como toas, con su rodete!

El más enfurecido, Tomás Cachopa, el carretero, sugirió sombríamente: —Había que esquilársela como a la mulas y a los carneros. ¡Veríais si se le abajaban los humos! La idea prendió en la imaginación de los mozos. ¡Sería divertido lo de la esquiladura! Sólo que allí no tenían tijeras, ¡corcho! ¡Qué lástima! Tomás, a la descuidada, buscaba algo en la faltriquera. Una navaja vale como las tijeras mejores; y no era menester ser pastor pa saber esquilas. Las mozas, alborotadas con la complicidad de los mozos, se hacían señas, esperaban preparadas, con la emoción de lo que iba a suceder. La música tocaba de un modo agrio y estridente; pero nadie se arrancaba a bailar. Uno de los huéspedes de la posada, tratante en vinos, había sacado hacía rato a Liboria; pero Marisapo, experta y ya alarmada, deslizo una observación al oído del hombre, y éste retrocedió.

—Cuidao... están de malas... Cachopa es muy bruto... Los claveles de las mejillas de Liboria se convirtieron en palidez de arcilla. Comprendió que pasaba algo gordo. —Vámonos, María —suplicó con angustia. El carretero venía ya hacia ella, empalmada la navaja. Agarrar el moño, un corte al sesgo y, ¡záz!, se vería lo que quedaba del peinado insolente, insultador para las otras muchachas. Se abalanzó, blandiendo la hoja reluciente. Liboria, con un chillido agudo, instintivamente se defendió con el brazo, y la sangre brotó, empapando la tela del vestido: el arma había penetrado hasta el hueso. Cayó al suelo, desvanecida de terror y dolor. Hubo una reacción: dos o tres se arrojaron a sujetar al culpable, que, estúpidamente, sin soltar la navaja, repetía: —Si era pa esquilala, ¡corcho! ¡Pa esquilala no más!

Los huéspedes de la fonda, atemorizados, habían desaparecido. Y sólo Marisapo, valerosa, furiosa, increpaba, arrojada en el suelo al lado de la desmayada, a quien vendaba el brazo con un pañuelo, en la urgencia de atajar la hemorragia: —¡Bruto, más que tus mulos, salvaje, mala alma! Qué daño te había hecho la desdichá, ¿vamos a ver? ¡Debían ahorcarte, so perro! ¡Dame esa navaja, que te saco las tripas con estas manos, maldécio! El carretero permanecía en pie, y al notar que le desarmaban, que le empujaban hacia fuera y gritaban «¡Un médico! ¡Socorro!», se afianzó en los pies, y refunfuñó torvamente: —¿Qué, no pué un hombre correr una broma? Ella misma se ha jerío. Que se fastidie y que se rasque. ¡Pa que aprenda a venirnos con moas nuevas!

La Condesa de PARDO BAZÁN

Ilustración de Varela de Seijas.

## LA LUZ DE BIARRITZ

La linda playa de la costa de plata le ha pasado este año lo que a esas familias que esperan forasteros en casa para una fecha determinada, y de pronto, sin aviso previo, los forasteros anticipan el viaje. Caen en medio de las habitaciones sin arreglar, cuando aun no han terminado de lavarse y plancharse todos los visillos, y en la despensa no hay todavía suficiente repuesto de longaniza achorizada.

Ya en julio, cuando faltaban quince días para el comienzo oficial de la *saison*, podía decirse que la *saison* batía su pleno, como decimos los afrancesados. Porque el veraneo aquí este año ha revestido los caracteres de una invasión.

Yo no sé si a la dulce tierra de Francia le harán falta brazos para reconstruir sus ciudades mutiladas y roturar sus campos doloridos; lo que sé es que si a cada uno de los españoles que aquí nos encontramos nos dieran una azada y nos obligasen a marchar al Norte del país, las tierras invadidas iban a tardar muy poco en borrar las huellas de sus días trágicos.

No voy a entonar ahora un cántico a las bellezas de Biarritz; sobre que la copla se ha cantado ya muchas veces, hay cosas superfluas por esencia. En este paraje deleitoso que una mujer de talento exigió para pasar sus días rientes, hay cosas que las hay también en otras muchas partes: casinos, hoteles suntuosos, villas magníficas, vida fácil y brillante, bullicio, distinción... Pero hay una, sobre todas, en la que el viajero de paso no suele parar mientes, aunque se lleva su encanto metido en el alma, y que yo no sé que la haya igual en parte alguna del mundo, a no ser en... Sevilla.

Sí, lector, no te alarmes; no trato de establecer un parangón entre el país de la Giralda y este otro país del faro gigantesco; lo que sí afirmo es que Biarritz tiene en los meses que van de mayo a noviembre la misma luz clara, que parece formada por reflejos de nácar, que disfruta Sevilla en los días de su incomparable primavera.

No sé si será la disposición especial de sus calles, el reflejo del mar sobre el enorme manojito de verdura que asoma por doquier; pero es el caso que el sol de aquí no alumbra como en el resto de los parajes del planeta. Es esa luz que podríamos llamar directa, a diferencia de esos otros rayos de sol mortecino que parecen velados por una gasa y que en otros sitios que usurpan fama de lumi-

nosos son todo el adorno de los días más brillantes.

Esa luz es la que hace que aquí parezca la vida más amable; todos los colores destacan más; el azul del mar se presenta a nuestros ojos más intenso, y los tonos de los *jerseys* de las señoras, que por imperio de la moda desenvuelven ahora toda la gama de lo violento—el amarillo-oro, el verde esmeralda, el gran rubí—, parecen más chillones y más... gayos. ¿No se dice así, queridos preciosistas?

Yo he pensado en cómo resaltaría en Biarritz una corrida de toros; qué sería el desfile de las cuadrillas alumbrado por este sol, hermano gemelo del que se asoma todas las mañanas a la Alameda de Hércules. Porque esas corridas las hay muy cerca de aquí, en varios puntos de este Mediodía francés, tan rico en color y tan sincero en su vivir; pero ya no es lo mismo. Yo sostengo que en Bayona ya no alumbra el sol como en Biarritz.

A lo único que no suple el astro-rey en Biarritz es al oro de las antiguas y clásicas monedas francesas de antes de la guerra. ¡Oh, aquellas picecitas de Luis y de medio Luis, que al venir de España nos daban ganas de guardarlas como joyas!

A todo el que vuelva a este país, después del año 14, tiene que sorprenderle, desagradablemente, el imperio absoluto del papel-dinero. Usted cambia en francos sus pesetas y recibe una serie de billetes que en su término inferior llega hasta el papelucho de cincuenta céntimos.

Y todos tan sucios, tan llenos de pringue por la excesiva circulación, que cuando usted, a cambio de un billete de veinte francos—los últimos que aún conservan cierto decoro y brillo—, recibe una carga de papeluchos infectos, le dice al camarero o a la señorita del almacén que se los da.

—Bueno, ahora tráigame agua y una toalla, porque ¿adónde voy yo con estas manos?

Y hay, además, como signo de crédito, los sellos de Correos; cuando en una cuenta ha de recibir usted cantidad inferior a cincuenta céntimos, el que paga tira de timbres postales y le coloca tres o cuatro.

La costumbre se ha hecho general, y todo el mundo los toma y los da; pero a veces, para deshacerse de ellos, resistiéndose a considerarlos como moneda, se dedica uno a escribir a los amigos.

Yo no he escrito ni franqueado en mi vida tantas cartas como desde que estoy aquí.

Joaquín BELDA

## RENUNCIAR... MERECE...

En el tranquilo balneario, internado en las hondas fragosidades montañosas, amanece lentamente. Las compactas y algodonosas nubes que rodean al edificio, grande y destartado, ahogan los primeros rumores de la vida, que despierta y se despereza suavemente. Sólo se escucha, a través de la densa bruma que todo lo envuelve, el monótono murmullo del agua que al despeñarse próxima, en bulliciosa cascada, canta. «Cuando llego a mi libertad, encuentro mi canción.» Poco a poco se van desgajando de la espesura blancos vellones de niebla, y al desvanecerse descubren las mojaditas laderas de la montaña, esmaltadas de flores fragantes y lozanas. Aquí y allá, como perezosos párpados, se abren algunas ventanas en la grisácea masa de la fachada principal. Se escuchan lentos pasos que remueven la húmeda arena del jardín y los madrugadores *agüistas* van surgiendo por la alameda, desdoblado su periódico.

Un muchacho saca algunos sillones de mimbre, la mujer de las rifas empieza a quitar los tabloncillos que cierran su puesto y, por entre los árboles, golpeando el suelo con su palo, aparece el ciego que viene a sentarse en su sitio habitual y que con su limpio y cordial aspecto y la clara serenidad de su semblante, constituye una nota singular de pausada y firme alegría en la tediosa tristeza del ambiente.

Hablando de la proverbial alegría de los ciegos, dice un escritor americano que «casi como canta más bellamente, según afirman, un ruiseñor cuando un salvaje le arranca los ojos; así gorgoea el alma de un ciego en la perpetua noche que le circunda; y si tratamos de comprobar esta alegoría y buscar su causa, veremos que, en tanto el sordo es, en general, receloso y taciturno, el ciego está, en efecto, lleno de un manso gozo confiado y tranquilo. Cuenta una leyenda, transmitida por Cicerón, que el filósofo Demócrito se cegó voluntariamente para reconcentrar mejor su espíritu, y no perdió por esto la típica alegría que ha vulgarizado su doctrina.

Los ciegos nos atraen con la fuerza del misterio mismo y nos asombran porque son como videntes que descubren la verdad desde su negrura, porque los sentimientos más cerca de la muerte y de la sabiduría arcana. Estos seres enigmáticos, que podrían dormirse con los ojos abiertos, ojos que habría que cerrar, y que al despertar cada día tendrían la terrible impresión de despertar

muestrados, van por la vida dulces y resignados, sonriendo beatíficamente con la diáfana placidez de niños dormidos, esos ciegos que avanzan lentamente unas manos vacilantes que parecen bendecir a todas las cosas, y de cuyos labios fluyen sencillas palabras tenues y discretas, levantan la cabeza erguida y noble en una actitud que evoca el angustiado clamor de Baudelaire:

Que cherchent-ils au Ciel, tous ces aveugles?

Buscan luz. Desde su oscuro calabozo imploran. Esperan luz y merecen perdón. Una desconocida ley les condenó y expían. Bienaventurados, que han de ser consolados, no recelan ya, no temen juicio ni castigo postrero. Han callado a su conciencia y son seres superiores a quienes el dolor ha redimido; espíritus sublimes que, abrazados a su cruz, aguardan en paz, visionarios que desde la sombra señalan la presentida claridad del camino que conduce a la serenidad espiritual, vértice de las sossegadas y firmes alegrías. Han sofocado su ambición y están ya más allá del deseo; en un místico desasimiento de las cosas terrenas han logrado no codiciarlas ni apetecerlas. —«Es preciso ver para amar»—ha dicho el poeta de los ciegos—, y ellos ya se han emancipado, ya están desprendidos, son libres, *libres de verdadera libertad*.

Y en tanto que los otros hombres, atormentados y violentos, luchan apasionadamente, atropellándose en el fango del camino, ellos siguen sonrientes y magníficos, por entre las jubilosas flores que brotan al borde del sendero.

Cruzan por el espacio maravilloso pájaros perdidos, que llegan en bulliciosa bandada desde los remotos cielos índicos, y al pasar revoloteando susurran su secreto. Y uno dice: «Dios espera volver a ganar sus propias flores, regladas por las manos del hombre.» (Loco el hombre en su afán de responderse ante el torvo silencio de la Esfinge, ha supuesto que Dios sufre en el universal dolor para merecerse su propia omnipotencia, y siendo ésta la divina razón inicial de la Creación, el porqué de todas las cosas sería merecer.) Y otro pájaro rezagado que vuela más bajo canta: «Retrayéndote puedes poseer.»

De la misteriosa India también le llega el protagonista de «La propia estimación» la inspiración que le dictan estas palabras: «Renuncia, que renunciar es poseer.» Pero los ciegos, con su voz inefable y reveladora, parecen repetirnos bellamente desde la sombra que renunciar es más aún. Que renunciar es merecer.

Antonio MARICHALAR



\* \* \* CASTILLA... BURGOS... \* \* \*

# LEYENDO FRENTE A LA CATEDRAL

CUANDO al atravesar el tren la llanura castellana, sobre la vasta planicie se alza un grupo de árboles, creemos que estamos ante un oasis, en el desierto. Y aun, si recurrimos a la memoria de lo que acerca de la llanura castellana hemos leído — tópicos, palabras que se repiten con la más abrumadora monotonía —, pensamos que semejante oasis es un espejismo o una alucinación nuestra.

Nada más vituperado que los campos de Castilla. Todos hemos hablado alguna vez de la exaltación mística de Castilla, y hemos incurrido en la inevitable metáfora que compara sus tierras con el sayal de un franciscano. Advertimos en el fondo de nuestra conciencia que la metáfora no es exacta; pero la hemos reputado de algún valor poético. Es una de tantas falsedades de la que pudiéramos calificar de pseudoliteratura, de literatura de aficionado, de escritor que recoge buenamente y como cosa buena lo que ya está divulgado y transformado en apotegma.

Y luego el error se ha manifestado. La errata la hemos corregido en lo íntimo de nuestro espíritu, gracias principalmente a la sensibilidad de escritores que han visto con sana e ingenua intención el paisaje de Castilla, y en verso o en prosa lo han trasladado a la obra de arte.

Admirable es el propósito de Zuloaga de combinar en un retrato, verbigracia, personaje y paisaje, haciendo del fondo un estado de alma, o mejor, el manantial de lo que podría llamarse inspiración subconsciente del modelo, si el modelo es un artista. Roda al hombre del retrato un medio que armoniza maravillosamente con lo que de su producción conocemos. La figura es como una concreción de cuanto significa el escenario en que se destaca. Claro que delante de un telón en que se representa a Toledo puede instalarse la efigie de Mauricio Barrés, el supuesto descubridor del secreto toledano, y en este caso Barrés no es otra cosa que un excursionista que ha escrito primeramente sus impresiones de viaje por España. De modo que no es lícito considerarle como una resultante intelectual del ambiente de Toledo. Lo que sí es cierto es que retratado y retratista, en tal ejemplo, viven identificados en los mismos prejuicios de la España negra,

inquisitorial, trágica y tauromáquica. Sangre, voluptuosidad y muerte, en la visión del uno y del otro.

Sería razonable considerar a «Azorín» y Antonio Machado como los más afortunados

los evocadores cigarales; Segovia, contemplada desde la otra orilla del Eresma; Burgos, con las torres de su catedral entre el verdor radiante de los chopos, a cuyas raíces el Arlanzón apaga la sed,

no ruidoso, sino tranquilo y apacible, honesto y serio. Frente a nuestro balcón la catedral, cuyos pararrayos agujerean la bóveda celeste, cual si de ella estuvieran pendientes las torres como dos lámparas inmensas. Leer en este balcón y dirigir de vez en cuando una mirada hacia aquel lado, produce la impresión de un lujo inefable.

El aire se ha hecho melodioso. Las campanas de la catedral cantan solemnemente las unas; otras, con voz más frívola e infantil. Este cántico despierta a los pájaros de todo el pueblo, que forman como un coro invisible en los escondites de la arboleda. Mucho tiempo cantan pájaros y campanas. Las campanas se fatigan antes, y al callarse dejan todavía un zumbido que tarda en morir.

Y en esta hora de optimismo subjetivo en nosotros, mientras pasan por las calles los canónigos que se dirigen a sestear en canto llano en sus sitials de la basilica, se nos muestra Castilla como algo suave y delicado, a pesar de la leyenda y de la visión apriorística de pintores y escritores.

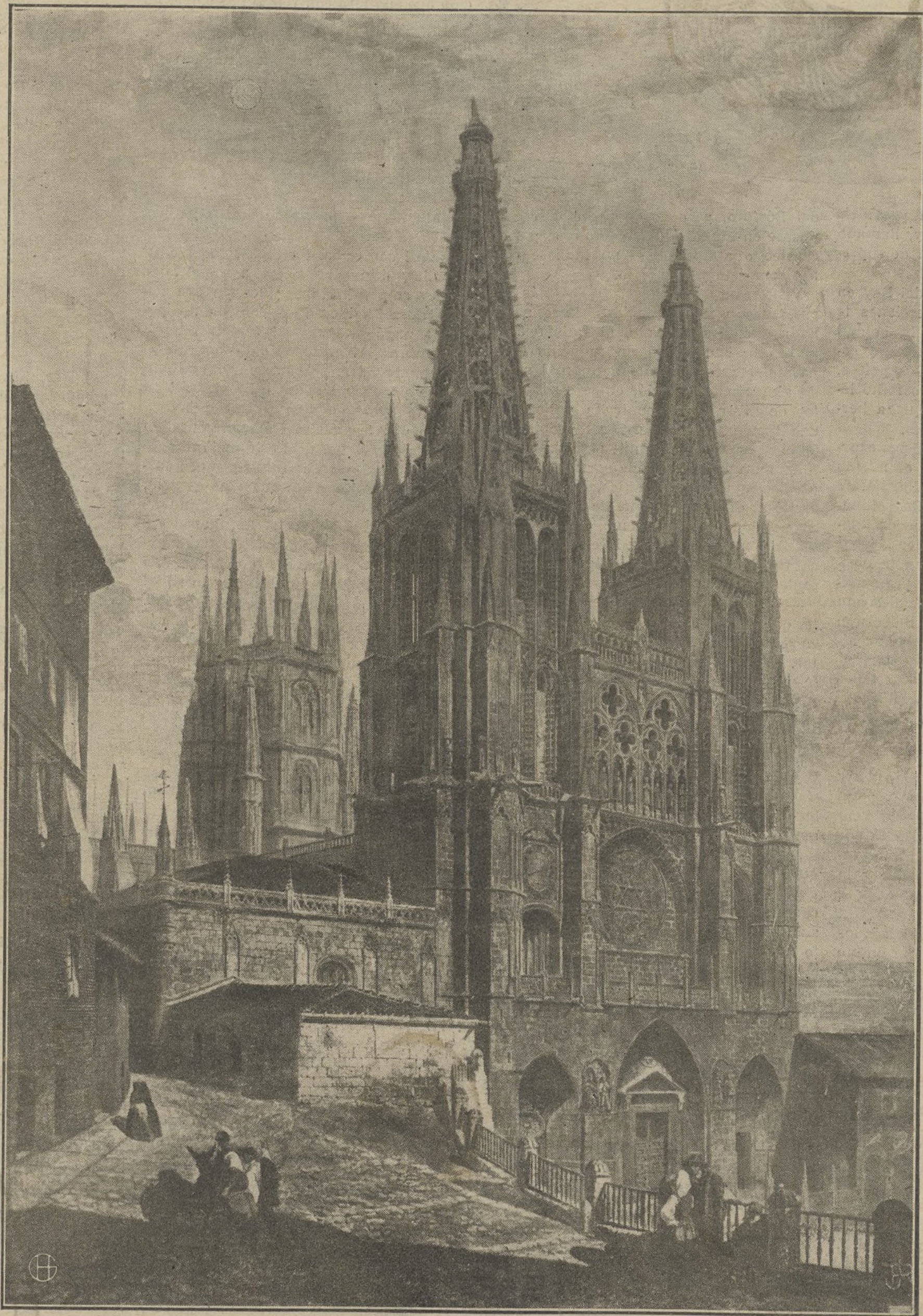
Rechazamos en esta hora de optimismo subjetivo, en que leemos frente a los encajes de la catedral, en los que se enreda la luz de un sol destumbrante, la «voluntaria» y arbitraria imagen de la España de Verhaeren, que al llegar de su tierra, de brumas grises y de pardas nieblas, pretendió entoldar nuestro cielo sacando el Cristo de los cristos ensangrentados que se guardan en ermitas e iglesias, haciendo, con espíritu crítico inspirado en una admirable perversidad, cómplice a la Naturaleza del levitismo de algunas ciudades españolas en que impera la tradición.

Compartimos en muchos momentos la manera de juzgar del poeta flamenco. Hoy no es posible. Luce el sol, cantan las campanas allá en lo alto y una

bandada de palomas, en su fuga, proyecta puntos de sombra en la blanca página del libro que leemos...

El cielo, el puro cielo, poco a poco invadido por las primeras tintas rosas del crepúsculo, es alegría y es paz; parece una sonrisa suave de dulzura y de amor, hecha optimismo y luz.

Bernardo G. DE CANDAMO



LA CATEDRAL DE BURGOS, CUADRO DE FRANCISCO JAVIER PARCERISA

nados en lo que respecta a rehabilitar el paisaje de Castilla de aquellas preocupaciones. Encontraron algo más que terruños secos y páramos baldíos. Y merced a ellos se ha hecho el descubrimiento de que muchas de las ciudades prestigiosas como museos de bellezas monumentales, se yerguen sobre un decorado de formidable encanto natural. Toledo, visto desde el otro lado del Tajo, desde

rompen la leyenda de la Castilla pelada y grave, adusta e inhospitalaria.

¡Burgos! El cielo está azul y brillante. Como por entre las hojas de los árboles, se entrevé la bóveda azul por entre la filigrana de piedra de las torres catedralicias. Se diría que estaban cuajadas de turquesas. Una gran alegría lo invade todo en la tarde iluminada por un resplandor meridional. No es un regoci-





# EL REGALO NO ENCONTRADO

ALLÁ en el Indostán, en la provincia de Bengala, había un Rey, llamado Mang-Ling, que tenía una hija de suprema y maravillosa belleza.

Y era tan grande el deleite del Rey en hacer conocer a todos las perfecciones de la hija, que en poco tiempo la beldad singular de la Princesa fué sabida y comentada en los más escondidos países, y se dió el caso de que de otro reino lejano partieran en busca de aquella hermosura tres hermanos Príncipes.

Coincidían en los tales Príncipes exactos talentos, idéntica bondad, el mismo valor, iguales apostura y gallardía. Y sucedió que al presentarse al Rey Mang-Ling los tres viajeros para que decidiera cuál había de ser el preferido, el buen Monarca vióse comprometido en la elección. Y si duda hubo en el Rey para conceder a uno de los Príncipes la deseada mano de la Princesa, mayor indecisión hubo en la doncella real para dar su alma a uno de los tres pretendientes.

—Padre mío—dijo—, no acierto a tener preferencia por ninguno de los amadores; cualquiera de los tres me interesa igualmente; elegid, pues, el que más os agrade para esposo de vuestra hija.

Peró el Rey, que por más viejo y sabedor de la vida era más ladino y astuto que todos, propuso que la preferencia en esta ocasión no fuese cosa resuelta por voluntad suya ni de la Princesa, sino fallo que dictara la suerte. Aceptaron la Princesa y los Príncipes, y entonces se expresó el Rey en esta forma:

—Ya veis que a mi hija le agradáis los tres del mismo modo. Ahora bien: puesto que su deseo es que sea yo el que disponga en circunstancia y momento tan señalado, ordeno y mando que durante un año, cada uno de vosotros haga un viaje por distinto país, y aquel que traiga para la Princesa el regalo de más utilidad y mérito, ese será el elegido por esposo. ¿Queda, pues, convenido?

—Convenido—contestaron a una Afrasiab, Rousten y Feridun, que así se llamaban los Príncipes. Y salieron los tres de la estancia real, poniéndose en camino hacia una modesta posada para acordar la ruta que cada uno seguiría.

Llegados, pues, al humilde fondín, diéronse a decidir el camino que cada cual había de emprender, y allí acordaron que Afrasiab partiría a Occidente, Rousten a Oriente y Feridun al Norte, no sin antes hacer promesa formal de reunirse de nuevo en aquella misma hostería al concluir el año impuesto por el Rey, con el objeto de presentarse juntos a Mang-Ling, cada uno con el respectivo y anhelado regalo. Y ya dispuestos los detalles de la expedición se separaron, iniciando su marcha por distinto derrotero.

Después de andar día tras día y noche tras noche, Afrasiab llegó a Constantinopla, y una vez en la maravillosa ciudad

del Bósforo, y luego de breve descanso, púsose en busca de un objeto que, por su empleo o aplicaciones, no hubiese otro tan completo y codiciado.

Visitó este y el otro bazar, los más importantes y mejor surtidos. Pero nada, nada era de su agrado, ni satisfacía su ambición, cuando en un reducido escaparate, correspondiente a un mal surtido almacén, descubrió, entre otros objetos de diversa y encontrada aplicación, una lupa que el comerciante propietario tenía valuada en diez mil rupias.

Asombrado el Príncipe por tan elevado precio, entró en el establecimiento y preguntó al dueño el porqué de aquella desproporción entre la lente, que parecía cosa sin valor alguno, y lo excesivo de la cantidad que por ella se exigía. A lo que contestó el mercader:

—No os extrañe lo cuantioso de su coste, que significa muy poco, sin embargo, en relación con la utilidad que puede prestar, pues esa lente sirve para ver cuanto se quiere, por lejano que esté y por oculto que se halle.

—¿Qué mejor regalo?—pensó el Príncipe. Y rebañó en su faltriquera cuantos dineros llevaba, y, entregándoselos al vendedor, partió confiado en la excelencia de la preciosa lente, y retornó a la hostería de Bengala a esperar a sus hermanos.

¿Qué había sido entretanto de Rousten, que partió para Oriente? Pues luego de cubrir largas jornadas, detuvo sus marchas en la china Cantón, y, como Afrasiab en Constantinopla, anduvo de puesto en puesto y de tienda en tienda, en busca del más raro de los objetos fabricados. Viendo que nada de lo que en Cantón se producía y despachaba cumplía el debido cometido, dióse a ca-

vilar Rousten si en el reino animal no habría algún bicho de extraordinaria condición que supliera con ventaja al objeto no encontrado. Y así, perdido en tales maquinaciones se hallaba cuando de su abstracción vino a sacarle un cartelito prendido en un tapiz. En veinte mil yens estaba tasada aquella pequeña alfombra.

Movido el Príncipe a curiosidad ante tal carería, dirigióse al propietario preguntándole las particularidades de tan sencillo tejido; y cuál no sería su asombro al enterarse de que la frágil alfombra era el más rápido y excelente de los medios de locomoción. Bastaba colocarse sobre ella y decir «Anda», para que el tapiz se elevase por los aires y los surcara con portentosa rapidez. Sin pérdida de momento pagó la cantidad fijada, y para comprobar la veracidad de lo asegurado por el mercader, sobre la misma alfombra se propuso tornar a Bengala. Y a Bengala tornó en veinte minutos.

Peró ni Afrasiab ni Rousten contaban con la adquisición de Feridun. Y era la tal adquisición un diminuto pomo, guardador de una olorosa y purísima esencia, comprada a un vendedor ambulante en los alrededores de Patna. Líquido el encerrado en el frasco de virtud tan magnífica como maravillosa, y del que una sola gota bastaba para devolver la salud al más enfermo y dolorido de los mortales.

Reunidos los tres, dedicáronse a ensayar las excelencias y condiciones sorprendentes de las adquisiciones hechas, y ante las particularidades extrañas de las compras realizadas, cada uno dudaba de lo que los otros afirmaban, hasta que Afrasiab, molesto por tanta reticencia y burla de los hermanos, dióle al más joven, que era Rousten:

—Mira, mira por ese lente y te convencerás de lo que afirmo.

Y sorprendido primero y aterrado después quedó Rousten al ver que a través

de la lupa se veía a la Princesa muy querida en la cámara de su palacio, gravemente enferma.

—Hermanos míos—exclamó el Príncipe—, estoy viendo a nuestra amada Princesa en su lecho, enfermísima; se muere, se muere sin remedio.

—¡Ah, maldición! ¿Quién pudiese estar a su lado!—dijo Feridun—. La esencia prodigiosa que para ella llevo en este pomo la tornaría a su vida dichosa.

—Pues entonces está salvada—replicó Rousten.

—¿Por qué?—preguntaron locos de ansiedad y alegría Afrasiab y Feridun.

—Porque este tapiz, adquirido por mí para mi Princesa—continuó el poseedor de la alfombra—, nos llevará junto a ella con la prontitud y oportunidad precisas. Subamos en él y partamos.

Y en menos tiempo que el que se tarda en narrar el hecho llegaron los tres hermanos al Palacio.

Concedida que les fué por el Rey a los Príncipes la entrada en la cámara, Feridun dió de beber a la Princesa el líquido prodigioso, y entonces, como por arte de hechicería, la bella doliente se alzó de la cama, y su semblante recobró la perdida belleza y alegría y su cuerpo la salud deseada.

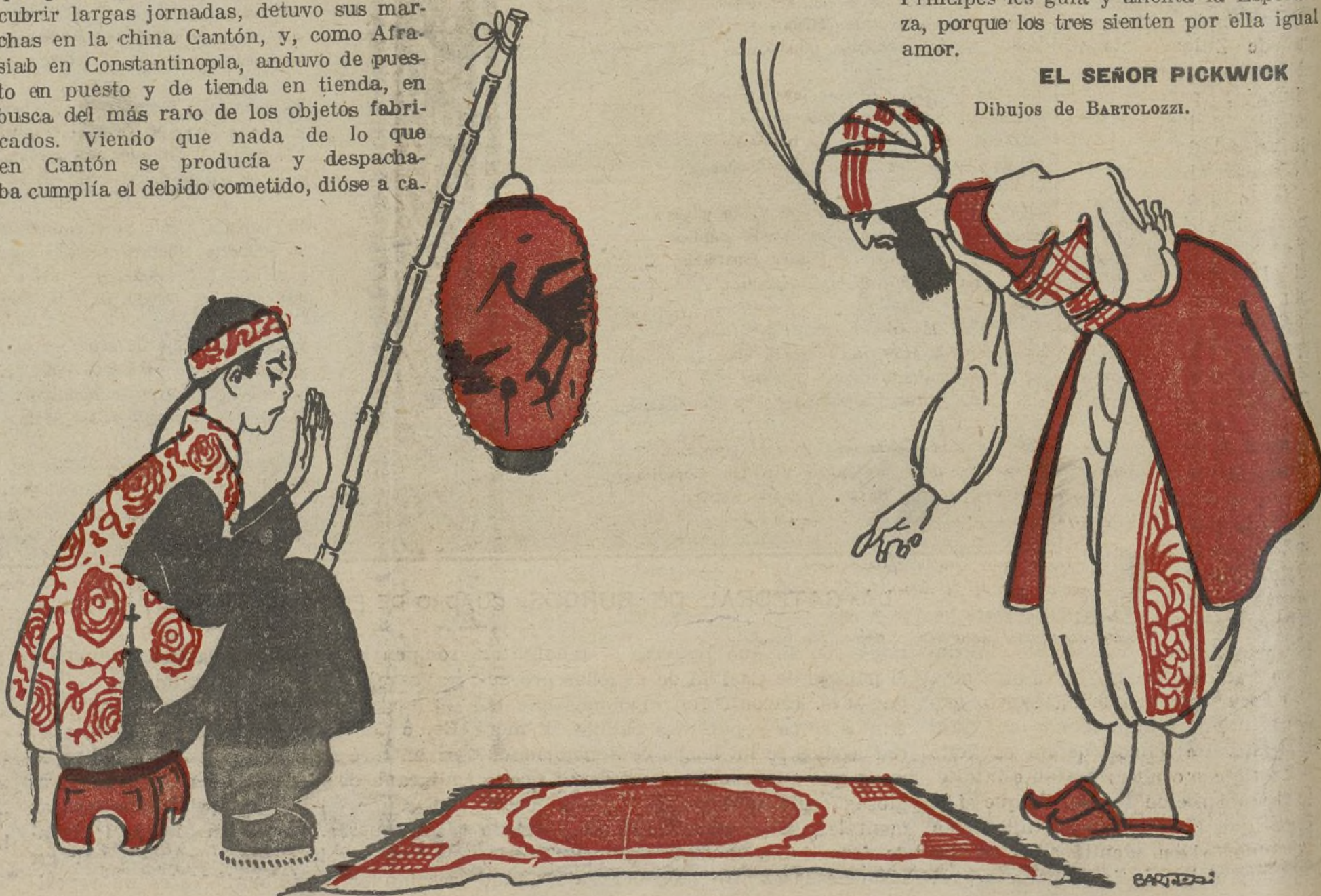
Inmediatamente Feridun, dirigiéndose al Rey, hizo presente la excelencia imponderable de su regalo, que le colocaba en superior condición a la de sus hermanos. Pero luego de detenida meditación, dijo Mang-Ling al Príncipe:

—No puedo reconocer la preferencia que para ti pretendes, porque sin los dos restantes regalos ninguno de vosotros hubiera hecho naça. Así, pues, estáis en la misma situación que antes, y es preciso partir otra vez para volver de nuevo con el presente que haga a uno de vosotros digno del premio a que aspiráis los tres con tanta emulación.

Y de nuevo partieron y se perdieron por el mundo Afrasiab, Rousten y Feridun, y desde entonces caminan por la tierra sin descanso, y aun viven tan alegres y tan jóvenes como cuando por primera vez salieron de Bengala; porque lleva cada uno en el corazón idéntico cariño por la Princesa, y en sus ojos la misma visión adorada de la hija de Mang-Ling, que, tranquila, espera el deseado regalo, segura de que algún día llegará a sus manos, porque sabe que a los tres Príncipes les guía y alienta la Esperanza, porque los tres sienten por ella igual amor.

EL SEÑOR PICKWICK

Dibujos de BARTOLOZZI.







# ODA A LAS GLORIAS DE DON JUAN DE AUSTRIA

HUBO UN HOMBRE ENVIADO POR DIOS,  
CUYO NOMBRE ERA JUAN.

Tal fué el resumen que, como ejemplo de altas jornadas,  
se dió a los hombres para recuerdo de tus conquistas;  
y así tres razas para tu empeño coaligadas  
te saludaron con las palabras evangelistas.

Por vanagloria del magno triunfo imperecedero  
Marte y Neptuno se congraciaron en tu aventura;  
mano de Numen fué la que entonces filó tu acero  
y esmaltó en oro los hipocampos de tu armadura.

¡Sol de Corinto! Tus resplandores su frente ornaron;  
la isla Trinacria viera el ilustre vuelo aquilino  
cuando a su orden trescientas gaviotas se desplegaron  
obscurciendo la azul llanura del Mar Latino.

¡En marcha! Y lentos, cabeceando, pasan flotantes  
nobles escudos, doradas proas, recias armuras,  
bajo un revuelo de gallardetes altisonantes,  
suntuoso ornato de las soberbias arboladuras.

¡Son las de Roma! Sus vigorosas leyes severas  
al sol pregonan los orgullosos fastos papales:  
bordadas llevan en el jacinto de las banderas  
la Tiara augusta sobre las Llaves pontificales...

¡Son las Duxarias! En sus carenas de ébano y plata  
las venecianas pompas cimentan su gloria pública:  
el aire signan con su estridente triunfo escarlata  
los pabellones galardoados de la República...

¡Son las del César! Mástiles llenos de gonfalones  
dondé Felipe grabó la empresa de maravillas:  
cabe el severo color morado de los pendones  
el columnario «PLUS ULTRA», emblema de las Castillas...

¡Para tres Flotas, tres Capitanes! Y a su gobierno,  
Marco Colonna, de quien las famas guardan memoria;  
el Marqués bravo, de los Bazanes orgullo eterno,  
y el condotiero, pavor de mares, Andrea Doria...

Y en la alta nao, que a todas vence por su apariencia  
y el estandarte de la Gran Liga tremola ufana,  
Tú, que al donarle la aristocracia de tu presencia,  
sólo por eso, nombrada fuera «La Capitana»...

Llegó la noche. Tu alma, abarcando futuras huellas,  
glorias soñaba sobre el alcázar donde arrogante

vió tu silueta la muchedumbre de las estrellas  
¡tal vez prendadas de la belleza del Almirante!

Ellas sirvieron de luminarias a tu fortuna,  
mientras, solemne, la vía láctea de blancos velos  
era la estela de un gran navío, del que la Luna  
—áncora rota—fué abandonada sobre los cielos.

Y en la alta noche, cuando en el sueño todo callaba  
—único digno de ser consorte de tus acciones—,  
otro soldado que era poeta, también dejaba  
viajar su ensueño por las doradas constelaciones...

Amanecía: tras el misterio de las neblinas  
se vió a lo lejos la poderosa flota sultana  
como un pasmado volar de ingentes aves marinas,  
partiendo en plata la raya de oro de la mañana...

¡Son las Turquesas! Bajo la libre racha sonora,  
sus recias quillas la mar dividen de orgullo plenas:  
son como alfanges resplandecientes bajo la aurora,  
las medias-lunas en el remate de las antenas...

Se acercan... Fieras para el combate se alzan las manos.  
¡La alta epopeya dará al triunfante palma completa!  
¡Santiago el Grande guía la rabia de los cristianos,  
y en el coraje del otomano lucha el Profeta!

Y frente a frente para el supremo trance violento,  
la artillería retumbó torva su voz salvaje,  
y el mar fué sangre, y el cielo incendio, y horror el viento  
que unió las jarcias para la furia del abordaje.

Y en el momento de más fiera de la jornada,  
¡florón invicto sólo guardado para tus glorias!,  
las enemigas naves se hundieron bajo tu espada,  
que era en tu mano la del Arcángel de las Victorias...

¡Don Juan de Austria! ¡Sol de caudillos! Hispania avara,  
de ti recibe su más sonora pompa guerrera:  
tu heroico nombre, cuya grandeza Carlos legara  
para decoro de la alta popa de una galera...

¡Yo al Mar invoco para estas honras a sus derechos,  
y, obscuro hijo de aquel Imperio que hoy se derrumba,  
un ditirambo ponga mi alma sobre sus Hechos,  
y un estandarte negro, mi mano, sobre su Tumba!

Tomás MORALES

Ornamentación de Pablo Vera.



# Las rosas de Hércules

He aquí un magnífico volumen de versos de Tomás Morales. Decora la portada una bandada de galeones, en cuyas flámulas creemos ver la insignia del dibujante que los creó, el preciosista Nestor Fernández de la Torre, en cuyos pinceles revivió el arte de Gustavo Moreau, unido a una exuberancia de imaginación tórrida, más inspirada en la herencia de no sé qué lozanías de demuido imperio guanche que en un resabio céltico de aquella sepultada Atlántida, cuyos despojos vomita de siglo en siglo la boca, inflamada y glacial a un tiempo, del Teide, según canta Verdader. Este libro se titula *Las rosas de Hércules*. ¿Es un libro expresivo o simplemente una graciosa eufonía heráldica? Esas poesías brotaron, en verdad, como rosas sobre la clava de un atlante, y aun, algunas de ellas, acaso hayan florecido sobre la ruca de Oufalia en un descanso lascivo entre dos heroísmos ciclopeos. Yo creo que el bravo Alcides, roto ya el espinazo del Atlas, y después de contemplar bajo sus pies el abrazo formidable del mar clásico y del Océano, avanzó en su esquife odiseico más allá de las columnas en cuyo granito había sellado su nombre; y habiendo llegado a unas islas que se llamaron después Afortunadas, desembarcó en una playa dulce y luminosa, al amor de una cordillera, cuyas líneas recordaban todavía la placidez de las islas helénicas. ¿Sería acaso una de las Espóradas, transportada a los mares ignotos por un dios desconocido también? La cuadriga de Poseidon no había llegado nunca a tan remotas aguas; pero allí en las inmensidades occidentales, donde nadie había osado llegar, Apolo ocultaba su carroza, y mientras la tierra temblaba aún sordamente, con una honda resonancia de cataclismos, y parecía oírse el clamor de las ciudades sepultas en torno a aquellas islas salvadas que fueron montañas enhiestas sobre el continente hundido, llegaba con las olas y con el viento que había de llamarse Griego, una caricia del gran sentido mitológico que produjo al mismo Heracles. Un aura verdaderamente divina sacudía la melena leonesa del semidiós, en cuyo torso veíase un rastro de la sangre reciente del ibero Gerión, el Tricéfalo Cerbero humano.

¿Quedó acaso olvidada sobre la playa la clava del hijo de Alcmena, y floreció allí milagrosamente en rosas de fuego y sangre, como las llamas de la futura pira en que debía arder el campeón, cubierto con la túnica fatal del centauro?

Ese libro es un ramillete de esas rosas igneoas y sangrientas. Lo que mejor saboreo en él es la viva commixión de elementos dispersos de la gran fauna humana, como un brebaje encantado del ciclo bretón o un hidromiel de inmemoriales tribus guerreras. Un gran nombre acude a nuestros labios como precursos indudable de esa inspiración uberrima, semejante a la lozanía de una selva tropical inviolada: ese nombre es el de Rubén Darío. También el encanto supremo de Rubén consistió en la unión ideal de la herencia bravía de un indio con el sentido mitológico de la Hélade, algo a modo del encantamiento primitivo de un cobrizo ante las aras pánicas, ardientes todavía, o la iniciación de un antiguo converso de Balboa en los misterios de Dionysos, nunca sospechados por él.

A cada paso, al hojear *Las rosas de Hércules*, el recuerdo de Rubén nos asalta. La misma unción pantéista anima el ritmo de las estrofas sonoras; unas veces con la pauta de aquel *Coloquio de los centauros* que llegó donde no alcanzaron aquellos otros dos poetas coloniales, tan

hondamente penetrados de helenismo, Leconte de Lisle y Heredia—así en la *Tarde en la selva*—, y otras veces con una sonoridad paralela a la *Marcha triunfal*—como en el *Canto en loor de las banderas aliadas* y en *Britania Máxima*.

Otro gran nombre ha influido en esa inspiración: el de D'Annunzio, el D'Annunzio de los *Laudi*; la *Alegoría del otoño*, a pesar de la identidad dannunziana del título, tiene una prosapia más directamente helénica.

En la *Oda a las glorias de D. Juan de Austria*, feliz renuevo de los metros clásicos, la memoria de Herrera nos asalta; pero únicamente para comprobar la marcha del tiempo transcurrido, en el cual ha dejado su huella esa aparente paradoja, que todavía preside a nuestra inspiración: la cúpula del romanticismo con el helenismo; la interpretación directa, no ya latina, del sentido religioso y estético que Grecia nos legó, antes de ahora incomprendido.

En una de estas poesías hay un germen de poema épico: la *Oda al Atlántico*, porque se canta en ella la posesión del Océano por el hombre, como en un amor simbólico, cuyo hijo, que tiene algo de monstruo, es la Nave (otro recuerdo inevitable de D'Annunzio).

La *Balada del Niño Arquero*, también de ritmo clásico, es algo así como la transfiguración de un tema anacreóntico, elevándolo a las alturas del arte má-

ximo (no ya del arte mayor), como quien llena del vino de las parras jónicas un ánfora refinada de Venecia.

La *Elegía a Rubén Darío en su última peregrinación* no pudo sustraerse en absoluto al eco mental del *Responso a Verlaine*; pero tiene un fuerte valor alegórico. El poeta, avanzando en el lóbrego río, pulsa su lira, y la barca se libra del cortejo negro, y el remo florece en las manos de Pan, entre un retorno del mito de Orfeo, que puebla de dioses vitales las orillas tenebrosas.

El final del volumen está dedicado a composiciones más ocasionales, epístolas, elogios, cantos a la nativa ciudad, comercial y marina. El canto elegíaco al poeta Fortún es una noble y feliz renovación de las viejas liras italoespañolas.

La *Oda a Salvador Rueda* junta la solemnidad a la emoción cordial y hospitalaria. El sentido alegórico, algo a la manera de las Epifanías de la escuela flamenca, o según aquella plasmación a lo Cavalca, que tan graciosamente nos dejó Darío en su *Reino interior*, resplandece, con oros y carmines de viejo códice, en la *Epístola a Néstor*. Y todo el libro es una difícil y airosa conjunción de alada ingravidez con majestuosa cadencia, al modo de un ropaje que desciende en pliegues armoniosos del hombro de una forma femenina, que no diríais si es la Armida cuyos jardines ocultó Tasso en las islas Afortunadas, o una de las náyades que empujaron la nave de Camoens hacia las rutas del Sur, recién violadas, camino del paterno Oriente...

Gabriel ALOMAR

## El mentidero de las musas

### QUIÉN SOY YO

Un confidente nada más. Así como así nos conocemos hace un siglo, de cuando yo era camarero en *El Café de Moratín*.

Humanizadas con el correr de las centurias, apenas si se advierten ya en ellas sus mitológicos atributos. Su dignidad antigua ha degenerado en cierto marisabidismo.

Clio, tan charlatana, no cesa en sus aspiraciones a un sillón de la Academia de la Historia, por más que ha venido muy bolchevique del Congreso feminista de Ginebra. La filarmónica Euterpe, con la afición general a las pianolas, ha encontrado, al fin, un buen pasar. Talía ha arrojado la máscara; ha trocado la severa túnica por un abrigo de astracán, y no quiere recordar de la historia literaria sino aquello de «el vulgo es necio, y pues lo paga, es justo», etc. Melpómene, en vista de eso, descalzándose el trágico coturno, se ha retirado de la escena, diciendo, por boca de D. Miguel de Unamuno, que no prepara nada para la temporada próxima, y si sólo obras para la eternidad. Por Terpsícore no pasan días, ¡y vaya una carrera que lleva! Hasta Ford ha echado. La elegíaca Erato, ni aun presumiendo de viuda, ha conseguido recobrar con la guerra y la muerte de Gallito su planifero prestigio. A Polimnia, en cambio, le acaban de traer—¡a sus años!—un niño de París, que no dice más que *dada*. Urania sigue en las nubes; y Caliope, asustadísima, con que después de arruinado definitivamente su patrimonio épico, pueda el *crac* eventual del sistema parlamentario acabar con la elocuencia.

Desalojadas las nueve hermanas de cuantos Pindos, Parnasos y Helicones ha destruido el bárbaro urbanismo del

tiempo, yo les ofrezco, al amparo de estas columnas, apacible y nada trascendental tertulia en que poder darle gusto a la sin hueso.

### LA NAVAJA EN LA LIGA

—¿Qué hora es?

—La hora española.

Euterpe se sienta al piano y ataca *L'heure espagnole*, de Maurice Ravel. Los delegados de la Liga de naciones regatean en la Concha de San Sebastián. Mister Balfour lleva galantemente prendida en la Jarretiera una navaja de Albacete.

—Eso son mis poderes—dice la buena de Clio parodiando a su hermana Caliope. Clio, vestida con los colores de España, hace un guiño más propio del conde de Romanones que de su matrona gravedad.

—¡Tus poderes! ¡Gracias a mí!—le interrumpe Terpsícore—. Y si no, vamos a ver: ¿A quién se debe la reconquista de París?

Clio se resigna a enumerar carteles y programas de este invierno: «Raquel Meller, en *El relicario*, canción preferida de D. Alfonso XIII; Amalia Molina, representante de la verdadera España, la de Blasco Ibáñez y Pablo Iglesias.»

—¡Yo no he dicho eso!

—Pero así se escribe la historia en *Comœdia*, diario parisiense. Sigo: «La Bilbainita, Laura de San Telmo, Vincente, bailarín gitano del *toreo de salón*, copiado de las actitudes del gran torreador Joselito, recientemente muerto. *Goyescas*, con su buena procesión de encauchados por el foro, mientras en brazos de la maja marquesa muere el marqués de resultas de un duelo con el torreador protagonista.»

—Yo sólo respondo de la música—protesta Euterpe—. El argumento será de algún francés.

—El autor se llama D. Fernando Periquet.

Euterpe (que no se resigna).—Bueno, bueno, *de la musique avant toute chose*. El éxito más grande de los bailes rusos este año ha sido *El sombrero de tres picos*, de Falla, con decorado de Picasso, el cubista parisiense de Málaga. Falla, a no pedir la Divina Pastora no sé cuántos miles por noche, hubiera estrenado en la Opera Cómica *El amor brujo*; pero lo hará La Argentinita al año que viene. Ahora está trabajando el autor de *La vida breve* en un *Retablo de Maese Pedro* para marionetas, que se ha de representar en el teatro de la Princesa de Polignac.

—¿Y qué más?

—*Tout le reste est littérature*—dice Polinucia—. *Pour Don Carlos* se titula el último disparate del prematuramente célebre Pierre Benoit; *Au dessus de la ville*, novela del Sr. Arnoux, sucede en Grénade; *La aventura de las guitarras* se llama otro engendro a base de espionaje pirenaico durante la guerra; madame Gabrielle Reval evoca en otra novela la España *pilttoresque*, que hubiera querido ver en su viaje de propaganda francófila cinco años ha; el poeta Paul Morand publica en la *Nouvelle Revue Française* una impresión cubista, muy sugestiva, de la verbena de San Antonio (*Foire de la Floride*): «El Manzanares, para engañar la sed, chupa guijarros.» En otros números de la misma revista, M. Jules Romains descubre, complacido, la Cataluña del *Institut de Estudios Catalans*, y M. Valery Larband, los dos mejores poetas españoles—Ramón Gómez de la Serna y Gabriel Miró—. En el primero y el tercer número de *La Pluma*, revista literaria que ha empezado a publicarse mensualmente en Madrid, se transcriben curiosos ejemplos de la incompreensión de M. Marius André hablando de Galdós, y de la de M. Pitollé con respecto a Avila. El teatro del Vieux-Colombier ha representado *La carroza del Viático*, de Merimée, de asunto hispanocolonial. M. Hewi Gheon ha estrenado una farsa, cuya acción transcurre en una antigua posada española: *Le pendu dépendu*. El P. José Antonio de San Sebastián escribe actualmente la música de escena para una *Santa Cecilia*, del mismo autor, convertido al catolicismo en la guerra. Ida Rubinstein, la artista singular, a instancias de sus amigos, pretende representar *El conde Alarcos*, del Sr. Grau.

—Y el Sr. Lasso de la Vega escribe versos *dadas* en francés, por el método de Ahn—véase la revista *Grecia*.

—¡Assez!

PIPI,  
ex mozo de café.





## LAS PLAYAS DEL CANTÁBRICO

# SANTANDER \* EL SARDINERO

La impresión del viajero que llega a Santander después de algún tiempo de ausencia, como sucede a quien traza estas líneas, no puede ser más halagüeña. En ella se unen la sorpresa de la asombrosa rapidez con que progresa esta gran urbe y la satisfacción de ver sus esplendores.

El primer espectáculo que atrae al viajero recién llegado a la admirable capital es el del muelle; este muelle soberbio, anchuroso, interminable, adonde atracan los grandes trasatlánticos. Los barcos de pasaje y carga dan la impresión de una bella y vasta ciudad flotante, en que se refleja la laboriosa e infatigable vida sanderina: trabajo, actividad, constancia.

Boulevard adelante y caminando lentamente para aspirar al mismo tiempo la fragancia de las flores de sus jardines y el vivificador iodo de las brisas marinas, se llega hasta «la Dársena», para tomar el tranvía del Sardinero.

Al atravesar la Avenida Reina Victoria son de admirar las espléndidas villas y los bellísimos hoteles de encantadora y rica arquitectura, asentados sobre pintorescas prominencias del accidentado terreno.

El panorama dice eloquentemente todo el valor de la evolución sorprendente que de pocos años a esta parte se ha operado en Santander.

Estamos en el Sardinero. La multitud discurre por su amplísima terraza o se agolpa junto a la soberbia balaustrada, contemplando el paisaje sin rival y respirando, a pleno pulmón, el tonificador viento de la playa; playa extensa, limpiísima, sin un guijarro que pueda herir los desnudos pies del bañista.

Las olas nacaradas y tranquilas avanzan como a tomar parte en los juegos de los alegres pequeñuelos que en la orilla forman con carritos y palas castillos y montañas. Son los hombres del porvenir; esas montañas y castillos de ahora acaso son el vaticinio de su labor creadora de mañana, para prosperidad y engrandecimiento de la patria.

La orquesta del Casino ejecuta una sinfonía de Beethoven o una grandiosa página wagneriana, cuya sonora pompa llega hasta la segunda playa.

Aristocráticas familias de la corte, gente bien, venida a Santander desde las más lejanas regiones españolas, deambulan por la

terrazza. Todo es animación y alegría. Es una tregua, un descanso, un oasis en la agitación, la inquietud, el fatigoso tránsito de la vida moderna.

### LA CASA ANTONIO FERNÁNDEZ Y COMPAÑÍA

Al estudiar en toda la variedad de sus aspectos múltiples el desarrollo mercantil e industrial de Santander, hay que citar en pri-

mera línea a la importante y acreditadísima Casa importadora de Coloniales de D. Antonio Fernández y Compañía.

Fundada en el año 1871 con poderosos elementos de vida, bien pronto se hizo dueña del mercado por su prestigio y por la seriedad de sus operaciones.

Atenta siempre a la ética del comerciante honrado, tomó esta Casa como norma la de sacar un módico interés al capital invertido en sus operaciones, en vez de querer *expro-*

*mir*, insensatamente, la ganancia, con avaricia que a la larga desmorona los mejor cimentados negocios mercantiles.

La casa fleta buques que le traen de los principales centros productores cuantiosos cargamentos de cacao, café, azúcares, etcétera.

De esta manera, los beneficios conseguidos en las compras, por efectuar lo que en el «argot» mercantil suele llamarse «pago rabioso», los recibe el comprador, a la vez que con ello se consigue regular la cotización del mercado.

Esta respetable razón social, considerada justamente en el mundo de los negocios como una de las más importantes en el ramo de importación y exportación, cuenta con representantes en todas las plazas de España.

Hace muy poco tiempo, dando con ello gallarda muestra de la variedad de sus iniciativas, ha lanzado al mercado, como secuela de su importantísimo negocio, la marca de café tostado «El Camello», marca que ha llegado a abrirse ancho campo en todas partes, no sólo por la pureza del producto, sino por el sabor y el aroma de su rica torrefacción.

Tal es, a grandes rasgos bosquejada, la esfera en que se desenvuelven los negocios de esta casa, que a tanta altura ha elevado su razón social, no sólo por la cuantía de sus importaciones, sino también, y en grado sumo, por la seriedad y prestigio de su tráfico.

Y es que D. Antonio Fernández Baladrón, uno de sus socios gerentes, pertenece a la rara especie de hombres cabales, sanos, altruistas, que anteponen el bien general a los propios intereses.

Si no temiéramos herir la gran modestia que es una de sus cualidades distintivas, nos extenderíamos hablando de no pocas circunstancias y particularidades de esa vida ejemplar; hechos que muchas veces divulgaron con fervoroso impulso de gratitud los favorecidos con la largueza de sus dádivas generosas.

D. Antonio Fernández Baladrón está en posesión de la placa de Comendador de Isabel la Católica; es presidente del Real Cuerpo de Bomberos voluntarios; consejero, y uno de los fundadores, del Monte de Piedad; consejero del Banco de España, y durante un buen número de años presidió con interés y acierto insuperables la Cámara de Comercio de Santander.

### EL ALCALDE DE SANTANDER



Don Luis Pereda, Alcalde presidente del Excmo. Ayuntamiento de Santander, por elección de sus compañeros de Concejo.

Hombre de gran cultura, prestigioso y acaudalado industrial, el señor Pereda vive separado de las fracciones políticas. Aceptó la Alcaldía en momentos difíciles para la marcha administrativa de la Corporación municipal, atendiendo los requerimientos de sus compañeros y de su cordial amigo el subsecretario de Gobernación, D. Juan Ruano.

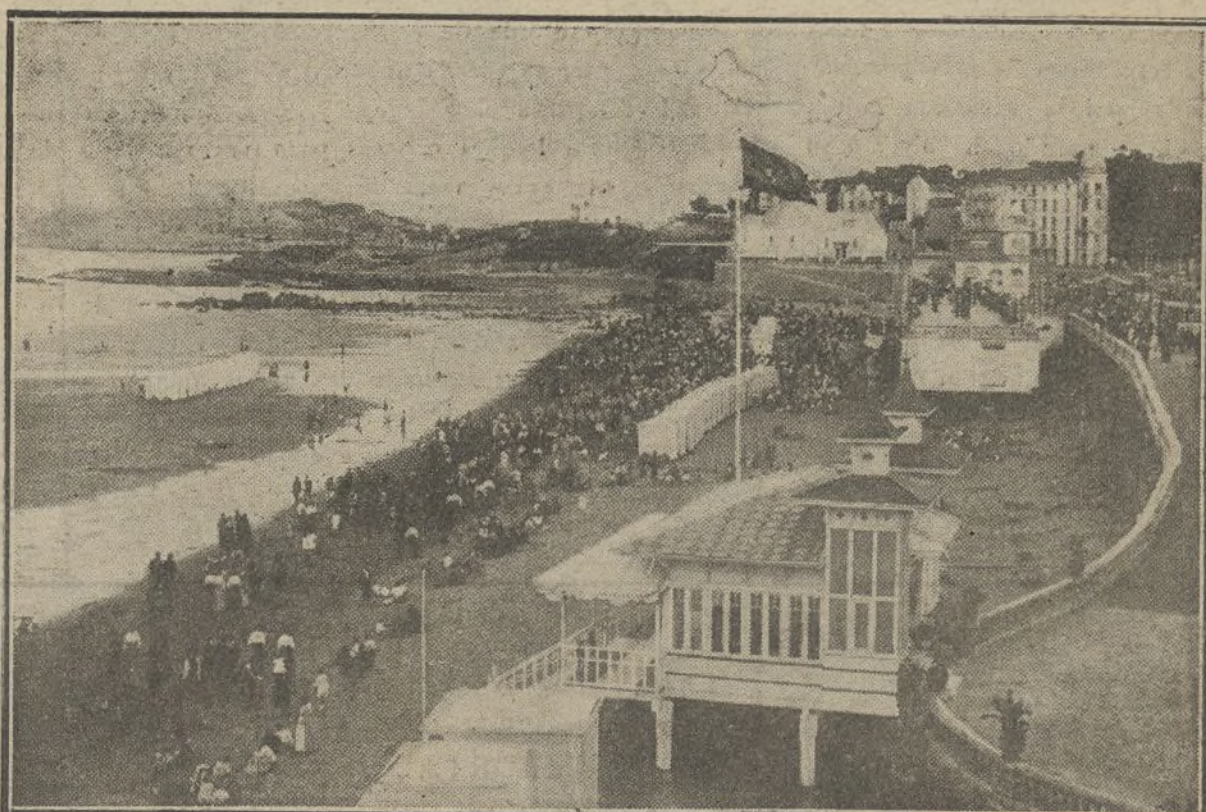
Muy versado en materia económica y hombre recto en el cumplimiento del deber, consagra al cargo sus excepcionales dotes y ha regulado y encauzado la Administración del Erario popular mediante una justa y equitativa recaudación de los arbitrios, que le permite normalizar servicios hasta ahora desatendidos.

Entre los planes de reformas que el Sr. Pereda piensa llevar a cabo, figuran el alcantarillado, construcción de escuelas, carreteras y embellecimiento de Santander. Para esta labor de engrandecimiento y desarrollo de los naturales elementos de prosperidad, el Ayuntamiento emitirá un empréstito, que desde luego cabe asegurar que se cubrirá rápidamente.

También se propone el alcalde obtener del Estado la concesión de los terrenos de la segunda playa, en la que una Empresa particular ha ofrecido levantar una nueva ciudad, con 400 hoteles instalados desde Piquío hasta Cabo Mayor.



Vista del boulevard de Pereda.



Sardinero.—La primera playa.



# **DON FRANCISCO SALAZAR UNA EMPRESA BENEMÉRITA**

Entre las más importantes casas consignatarias santanderinas ocupa por derecho propio uno de los primeros lugares la que lleva el respetable y acreditado nombre de D. Francisco Salazar.

Hombre cultísimo, de gran prestigio y cuantiosa fortuna, trabaja sin descanso y exento de ambiciones personales por poner al servicio de la Montaña todo cuanto vale y significa.

Fundada la casa el año 1859 y regentada dirigida por el Sr. Salazar desde el 1888,

cio regular de vapores que, tocando en Santander, destinaran a los emigrantes pasajes de tercera, dotados de elementos modernos que les permitiesen efectuar con comodidad la travesía.

Coincidiendo con estas confidencias que no tenían fin mercantil ni utilitario, sino el noble objetivo de lanzar una idea práctica y humanitaria, recibió D. Francisco Salazar proposiciones de la importante Compañía americana la «New York and Cuba Mail», ofreciéndole su representación.

Una vez aceptada por nuestro Gobierno con carácter definitivo la oferta de la poderosa Compañía para el transporte de emi-

Los buques americanos que señalamos de esta Empresa tocarán en Santander mensualmente una o dos veces.

La travesía de las costas del Norte de España a la Habana se efectuará en diez días, tocando en Tampico y Veracruz, velocidad hasta ahora completamente desconocida en los buques que prestan este servicio.

Por el poderoso desarrollo que ha dado a su flota esta Compañía y ser tan numerosos los barcos que posee, completa el servicio haciendo viajes mensualmente con carga de Nueva York directamente a estos puertos del Norte de España, admitiendo carga en el puerto de Santander y demás puntos de esta costa en los viajes de retorno, lo cual reportará a la región grandes beneficios.

Es decir: que la «New York and Cuba Mail», primera Empresa americana que manda sus barcos a los puertos españoles habilitados pa-

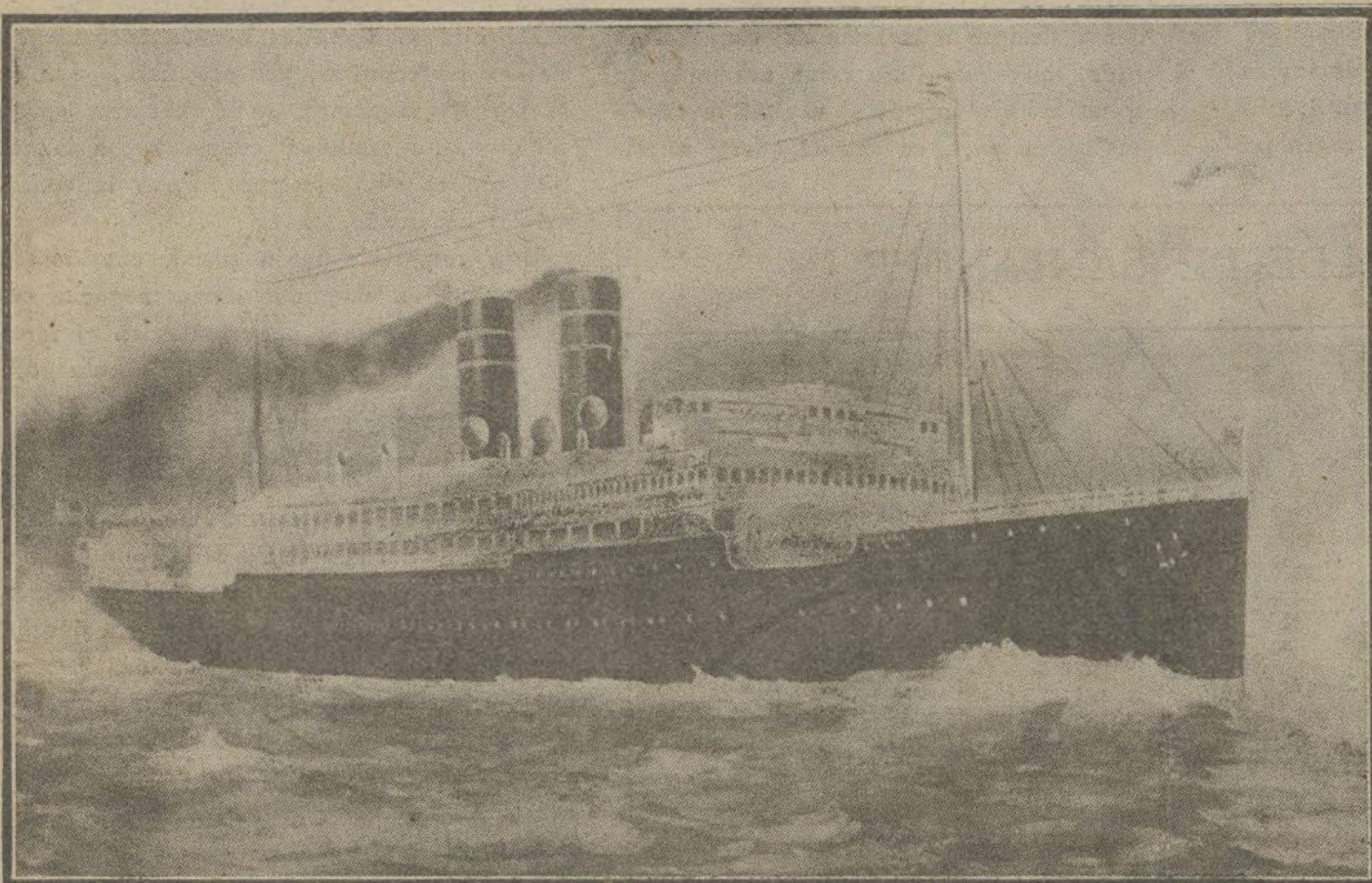
un señaladísimo servicio al país, y Santander recibe, en primer término, los beneficios derivados de la nueva línea de vapores que han de tocar en su puerto incomparable.

## **DON JOAQUIN MADRAZO**

En el ramo de artículos de saneamiento, merece mención laudatoria la importante Casa de D. Joaquín Madrazo, industrial prestigioso que disfruta de bien ganado crédito.

En su sala de exposición del número 11 de la calle de Méndez Núñez presenta, con gusto extremado, los últimos modelos en juegos completos de cuartos de baños, inodoros, lavabos, cisternas, estufas y cuanto guarda relación, en fin, con tales aplicaciones de la industria constructora.

Por el considerable negocio que desarrolla—pues la exportación de sus productos alcanza a toda España—, trabaja D. Joaquín Madrazo, en condiciones ventajosísimas, la



Admirable tipo naval del «Orizaba» y el «Siboney», hermosos barcos de la «Ward Line» destinados a pasaje de primera y tercera clase.

muy pronto supo este hombre excepcional rodearla de aquel prestigio que tan necesario es en los grandes negocios, orientando los suyos por derroteros que le permitieran ensanchar fuertemente su esfera de acción.

Como hombre perspicaz, bien fácilmente se dio cuenta de la trascendencia que para Santander tendría el que los barcos de las grandes Compañías navieras norteamericanas tocasen normal y periódicamente en este incomparable puerto, de tan activo e importante tráfico.

Habían llegado hasta él, sin duda, las quejas y lamentaciones de los emigrantes; conocía los dolores y sufrimientos de quienes abandonan su patria buscando en las Repúblicas americanas el trabajo y el pan que en el solar nativo les faltaban; seguramente presencié no pocos desoladores cuadros en los embarques de emigrantes, y ello le llevó a preocuparse de la falta de una flota adecuada a las condiciones humanitarias de tales transportes de infelices gentes que, empujadas por la adversidad, dejan tierra y familia, pensando en volver a su seno alguna vez con la recompensa debida al doloroso esfuerzo.

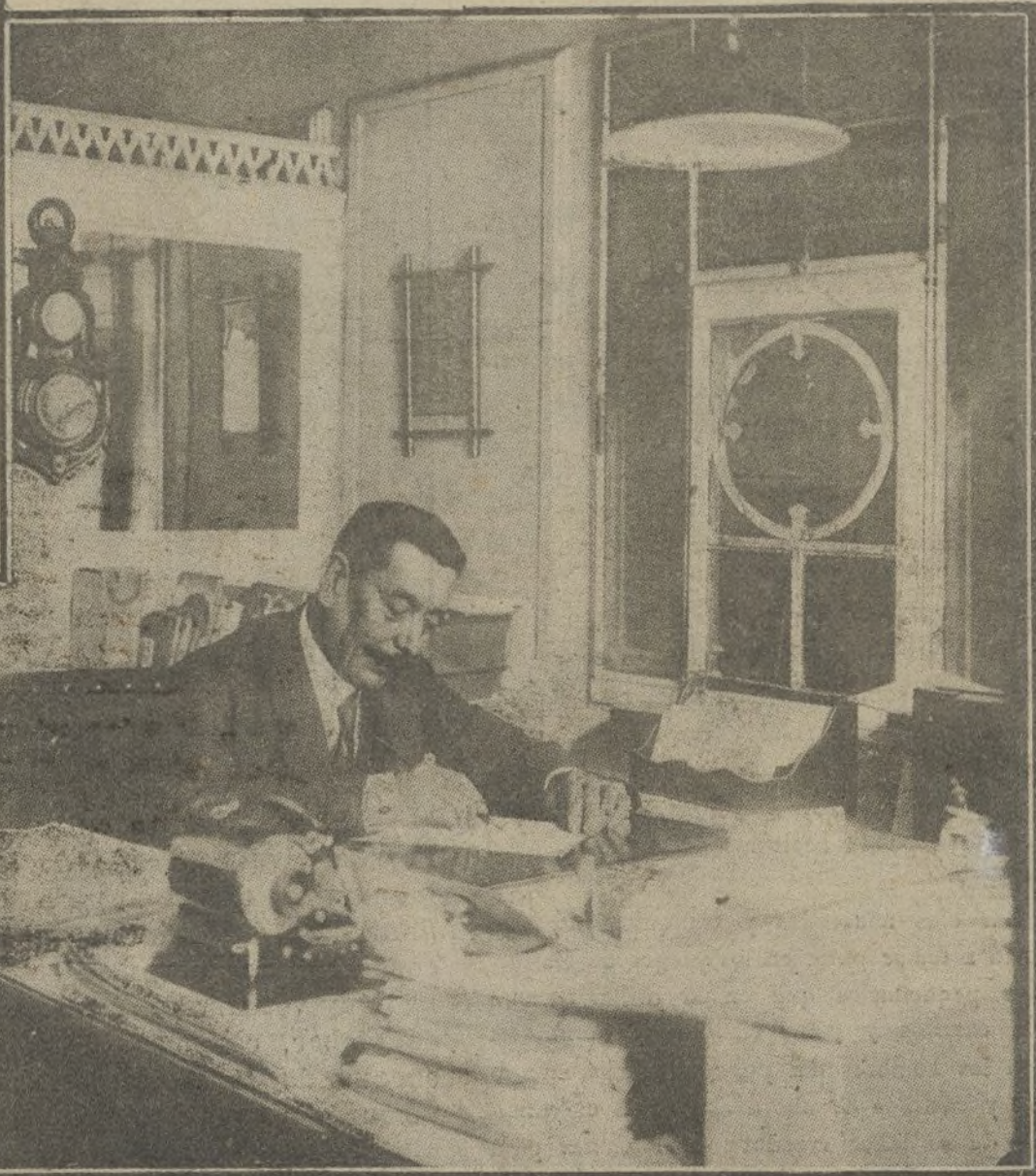
Con su gran experiencia de viajero que ha recorrido innumerables países y su hondo conocimiento de los negocios navieros, hizo advertir a un gran amigo suyo de Norteamérica la importancia que tendría el hecho de que una de las grandes Compañías navieras de Nueva York montase un servi-

grantes españoles, se hizo el Sr. Salazar cargo de la consignación de los barcos, encauzando sus trabajos al logro del mejor éxito de la empresa.

La flota de la «New York and Cuba Mail» se compone de setenta y cuatro barcos, dotados de poderosos elementos y de gran porte, alguno de ellos de 46.000 toneladas; esto aparte de otra serie de buques que se están construyendo en los grandes astilleros neoyorquinos.

Entre los barcos que se destacan por su imponderable riqueza de elementos y que, según los técnicos, constituyen un verdadero alarde de construcción, y son la última palabra de la ingeniería mecánica naval, figuran el «Siboney» y «Orizaba», hermosísimos buques capaces para 144 pasajeros de primera y 1.422 de tercera, a más, naturalmente, de las amplísimas bodegas y departamentos destinados a la carga.

Los camarotes de tercera, dotados de toda clase de factores higiénicos y de abundante luz, son los destinados a emigrantes, y el servicio de comedor, espléndidamente atendido, llena el vacío que se dejaba sentir en esta clase de pasaje.



D. Francisco Salazar, en su despacho.

ra la emigración y carga, presta un servicio tan grande a nuestros pobres expatriados y al comercio en general, que, sin sombra de duda, puede afirmarse que ninguna otra entidad nacional o extranjera—aun contando con elementos muy valiosos—podrá hacer el servicio en esas inmejorables condiciones.

Estos son los propósitos—con felicísimo éxito iniciados—de la «New York and Cuba Mail» al implantar su nuevo servicio en España. Muestra admirable e instructiva de cómo se estudian y planean los grandes negocios en el Extranjero, y que deberíamos recoger, si pretendemos que la actividad española vaya a compás de la evolución que está efectuándose en todos los órdenes de la vida mundial.

D. Francisco Salazar, con la clarividencia que tiene en los negocios, acaba de prestar

cal hidráulica, cementos portland, azulejos de todas clases, mosaicos multicolores, tuberías de gres, cemento y barro, baldosas y la célebre cubierta «Ruberoide», la más económica y duradera por su resistencia a todas las temperaturas. Es decir, que la esfera de esta Casa se extiende a cuanto abarca la industria de saneamiento y las construcciones tocantes a ese ramo.

Como D. Joaquín Madrazo sabe constantemente hacer honor a su acreditada firma, no es raro que el prestigio industrial de que disfruta sea cosa proverbial y que su Casa sea citada como una de las primeras de España en la materia a que está consagrada.

En sucesivos números de nuestro suplemento continuaremos dedicando a los elementos vitales de la próspera y culta capital la atención que merecen.

MADERAS DEL PAIS  
CAJAS PARA ENVASES  
MADERAS PARA MINAS

INDUSTRIAS DE LA MADERA  
**LANTERO, HERMANOS**  
IMPORTADORES DE MADERAS DEL BALTICO Y AMERICANAS  
SANTANDER (ARENALES DE MALIANO)

ELABORACION GENERAL  
DE  
MADERAS  
TELÉFONO NÚM. 852  
TELEFONEMAS }  
TELEGRAMAS } **LANTERO**